

Pero preséntanse, además, cien mil aspectos imposibles. Mas éstos se encuentran sólo en las obras de la pintura moderna.

¿Por qué, pintor, sólo pintas y no quieres ver lo bello de esta maravillosa naturaleza, para inspirarte y robarle aquí y allá una sinfonía o una sola nota e introducirla en tus propias obras, a que acaricien, produzcan goces, cuenten cosas claras y agradables, y con su gracia capten para siempre su merecido rincón en el alma del agradecido contemplador? ¿Por qué...? ¿Es pedir demasiado, por ser la tarea ardua...? Comprende que solamente el talento es regalo; no lo elevado, que puede y debiera ofrecer. Pues ¡mira, observa, piensa y sé perseverante en la lucha! Valdrá la pena. La lucha lleva a la meta, al triunfo. ¿Quisieras

tú vivir bajo un cielo cual lo pintas? ¿Quisieras soñar en la sombra de uno de tus árboles? Por cierto ¡no!, o mal de ti. ¿Y no piensas en los venideros? ¿No dirán apenados: somos descendientes de los descarrilados del siglo XIX? Qué aflicción, y no cabe remediarla.

\*

Tengo esperanza. La tengo, porque tengo fe. Y así como creo en la ventura de aquella única semilla del primer puñado, no dudo que de otros alguna caerá en tierra fértil, no enmarañada de vegetación hostil. Y mientras disfruto de semillas suficientes, las voy a confiar, puñado tras puñado, a los vientos.

San José de Costa Rica,  
Octubre 1948.

## Lo que no sabíamos... China y nosotros

Por Miguel MELENDEZ MUÑOZ

San Juan de Puerto Rico  
18 de mayo de 1945

Sr. Joaquín García Monge  
Director *Repertorio Americano*.  
San José, Costa Rica

Mi muy estimado Don Joaquín:

Por paquete aparte le remito un ejemplar de la edición de *Puerto Rico Ilustrado*, correspondiente al 19 de este mes.

He creído muy de justicia, comentar en mi colaboración habitual, para esa revista, la carta que le dirigiera a usted el embajador chino en esa república y la hermosa y viril contestación suya.

He querido también divulgar, de este modo, la actitud suya, tan noble y generosa para nosotros, que no pudo ser conocida en nuestro país, debido a la escasa y singular circulación que tiene *Repertorio Americano* en nuestra isla.

Tal vez resulta algo tarde la publicación de este comentario mío, en relación con la fecha en que insertara esos significativos documentos en una edición de su revista. Pero, a su percepción no se le escapará que, actualmente, las comunicaciones para este país fuera de la corriente con Estados Unidos, son muy difíciles y dilatorias. Puedo decir que vine a recibir el mes pasado la edición de su revista en que usted insertó las dos cartas de referencia.

Para ilustrar ese artículo mío, ordené la reproducción de un antiguo retrato suyo, en que usted aparece acompañado por la poetisa y recitadora cubana, Dalia Iñiguez, que había recortado y conservaba de una antigua edición de su revista.

Expresándole el sentimiento de mi más alta consideración y sincero afecto, me reitero

Su afectísimo amigo y compañero,

Miguel MELENDEZ MUÑOZ.

La República de China sostiene cordiales relaciones amistosas, culturales y comerciales con todos los pueblos indoamericanos.

Desde mucho antes de la Emancipación las colonias chinas eran numerosas en estos pueblos.

También en las Antillas contábamos con la vecindad de familias chinas laboriosas, serviciales, respetuosas y temerosas de la ley.

En nuestro país no quedan vestigios de ellas. Si acaso, descendientes en segunda o tercera generación.

En Cuba y la República Dominicana se han mantenido inalterables con el tiempo las colonias chinas.

El cambio de soberanía nos privó de gratos, heterogéneos y pintorescos elementos étnicos que convivían en nuestra tierra, que la cultivaban como el jíbaro que la tributaba la más constante dedicación y su más acendrado amor.

Hombres de China, Sicilia, Mallorca, Islas Canarias, sirios, árabes y, de vez en cuando, irrumpían por nuestros pueblecitos del interior con su iglesia, tocada con su alegre y vocinglero campanario, su alcalde, su boticario sabihondo y su cura de almas, rechoncho y sanguíneo, aquellas tribus de gitanos con sus vestimentas abigarradas, sus bailes lascivos, su buenaventura, sus panderetas, sus osos tristes y famélicos de profunda mirada humana traslúcida del dolor y de la ausencia de la selva.

Por dondequiera que pasaban estas tribus dejaban el recuerdo de sus costumbres, el tema de sus ritos, la huella de sus fechorías y de sus rapiñas. Cuando algún grupo de ellas se acercaba a la puerta de una casa, la dueña tomaba en sus brazos a sus hijos más pequeños: se temía que los secuestrasen para sacrificarlos y beber su sangre inocente, *porque eran vampiros*. La dueña de la casa también ordenaba a sus criados que vigilasen las aves de corral y demás animales domésticos cuya propiedad corría gran peligro ante aquella exótica visita.

Estas tribus acampaban en las afueras de los pueblos. Su estancia se medía por el tiempo que durase la operación de sus negocios lícitos. Cuando ya la buena gente del pueblo se había leído la buenaventura, y estaba cansada del espectáculo de los bailes y otras habilidades histriónicas de aquellos tipos nómadas, la tribu aprovechaba la última noche para saquear: gallineros, corrales y lavanderías a

**El traje hace al caballero**  
y lo caracteriza  
Y la SASTRERIA

**"LA COLOMBIANA"**  
de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en trajes de etiqueta  
Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles  
Paseo de los Estudiantes

la intemperie, como epílogo de su visita a la comarca.

La otra inmigración no era exhaustiva. Se componía de hombres que venían a nuestra tierra en busca de lo que no pudieron hallar en la suya: paz, sosiego, igualdad en el trato humano, compensación lícita por su trabajo. Eran hombres rudos, aldeanos obligados a abandonar tierras improductivas y agotadas que hallaban en la fertilidad de las nuestras el tesoro fácil presto a entregarse y parir con su vigorosa fecundación.

Ellos plantaron en nuestras sierras las maravillosas fincas de café y trajeron a nuestro país una nueva cultura agrícola.

Sirios y árabes eran comerciantes trashumantes. Recorrían la isla de un extremo a otro, adaptados a sus cabalgaduras como un apéndice de ellas.

Los asiáticos se adaptaban fácilmente a nuestras costumbres, aun con más flexibilidad que los europeos. El clima les era más propicio. Ciertas aptitudes de nuestro pueblo: la promiscuidad, el hacinamiento en las viviendas, el cultivo de pequeños huertos, confluían con su concepto de la vida y del trabajo. Todavía más, su hermetismo y taciturnidad milenarios coincidían con la de nuestro campesino, huraño, silencioso y desconfiado. Y eran, también aquellos inmigrantes asiáticos, finos de cuerpo, magros de músculos, pero dotados de una extraordinaria capacidad de trabajo y de una inverosímil resistencia para las más raras y agotadoras privaciones, como lo han sido nuestros jíbaros. Si ayer permanecimos aislados de los demás pueblos de América, de la América colombina por el temor de nuestros gobernantes a que fuésemos a *contagiarnos*. Si hoy continuamos tan aislados como antes, a pesar del enorme progreso alcanzado en todo orden de comunicaciones, por motivos políticos y comerciales de esos mismos países, China no tiene para nosotros más actualidad y presencia que los episodios de su lucha heroica por la defensa de la libertad. Y en este aspecto le es familiar a nuestro público lector la campaña que en Estados Unidos ha realizado Madame Chiang Kai Shek para conquistar la adhesión de aquel gran país a Su causa y por las gestas de su esposo el generalísimo de los ejércitos de liberación.

En cambio, en las grandes y pequeñas repúblicas de Hispanoamérica, existe un conocimiento variado de la cultura de aquel